por aquellas aperturas de los montes, por aquellas selvas, por aquellas rutas, por aquellas cavernas, para que descubrais los frutos del prodigioso apostolado de ellos. Hermanos mios: la brevedad del discurso no me permite manifestaros por qué á su presencia, el paganismo ó huyó ó vencido se rindió á la virtud divina de la fé: no os contaré las iglesias que levantaron acá y allá para honor de Dios vivo, las cuales se llenaron en breve tiempo de cristianos convertidos por ellos á la cruz: no los monasterios fundados en medio de mil obstáculos, dificultades y padecimientos de todo género, para conservar el sagrado fuego de la fé: no los hospicios en que recibir á innumerables hijos desgraciados, que salvados de su infortunio oirán por la primera vez, de la boca de los franciscanos, haber un Dios en el cielo, Padre de todos, ricos ó pobres, cubiertos de púrpura que habitan suntuosos palacios, ó los pobres vestidos de un miserable trage, ó bajo un roto hábito; palabra santa, sola capaz para que sufra el hombre los dolores de la vida: no os diré en fin las escuelas fabricadas cerca de su habitacion para cuidar la vida del alma y del cuerpo de innumerables niños nacidos desde luego en el llanto, sin saber lo que fuese el dolor, ya porque hubiesen sido huerfanos, ó fruto de otro pecado, pero que serán enseñados por los misioneros, á bendecir á aquel Dios que solo consuela los dolores de abnegacion y sacrificio. Mas sí os comunicaré ó señores mios, un hecho de la más solemne víctoria de la fé, que es el más magnífico triunfo de nuestros gloriosos atletas, obtenido en el Japon. Es, que al presentarse en esas comarcas muchos hombres y mujeres de toda clase, de toda edad y de toda condicion, conmovidos por una vision celestial, los rodean y les besan enternecidos los piés, oyendo las sublimes verdades de la religion de Cristo; y todos, cristianos y gentiles, hasta los príncipes de gran nombradía y aún los gobernadores de las provincias, les ruegan, les suplican, les obligan á que dejando á Meaco, viniesen con ellos á sus lugares á habitar con ellos, como efectivamente sucedió. Así quedó en parte destruido el reinado de Satanás y enarbolada la cruz frente á los inmundos templos de los falsos dioses.

Tan fuerte conmocion con la presencia de tantos hombres, ¿por qué parece renovar lo que la fábula cuenta de Anfion y de Orfeo? Por el poder de la virtud divina de la fé, que cambia la tierra en agua, fecunda las rocas del Carmelo y de Bazan, y lleva de uno á otro lugar los elevados montes. ¿Qué otra cosa, pues, eran nuestros apóstoles sino la demostracion de los principios evangélicos, predicados ante esos países, ó el mismo Evangelio hecho visible en la vida práctica? Natural fué que, protegidos visiblemente por Dios y bendecidos por los hombres, hubiesen sometido en menos de tres meses pueblos y ciudades, provincias y reinos, á la civilizacion evangélica: que hubiesen mejorado las costumbres enfrenando las pasiones seductoras, hecho reconocer el derecho del hombre y restituido á su primitivo poder el glorioso estandarte de la fé, á cuya vista, como aurora benéfica disiparon en todas partes la negra niebla que se estendia ya como manto, sobre el Japon. Ya no es maravilloso que miles de cristianos despojados de los adornos de oro, y ceñidos con grosera cuerda, entregándose á la vida seráfica de ellos, llegasen hasta ser apóstoles de su amada patria (1).

Ya no es maravilloso que la Iglesia vuelva á su primer encanto y se prepare para otras solemnes victorias y magníficos triunfos. Mas entre tanto que la vida cristiana crecia en el Japon con esos y otros hechos, una imprevista y tenebrosa noche de horror y de muerte se anunciaba de nuevo en esas desventuradas comarcas. Diríais, viéndola acercarse, que era aquel dia en que el mundo, segun el pronóstico de

(1) Diez y siete murieron juntamente con los franciscanos sus maestros, despues de haber abrazado el tercer órden de penitencia y de haberse ocupado con ellos en el cargo de catequistas y de enfermeros. Fueron, San Leon Garazuma, San Pablo Suzuqui, San Miguel Cosaqui, San Pablo Ibarqui, Santo Tomás Idanqui, San Francisco Médico, San Buenaventura de Meaco, San Juan Quizuia, San Cosme Jaquia, San Martin de Meaco, San Joaquin Saquia, San Pedro Suquezico, San Francisco Fahelante, San Gabriel Duizco, de diez y nueve años; Santo Tomás Cosaqui, de quince años, hijo de San Miguel Cosaqui, San Antonio de Nagasachi, de quince años, hijo de San Miguel Cosaqui, San Antonio, jovencito de trece años y San Luis Ibarqui, niño de once años, nieto de los Santos Leon Garazuma y Pablo Suzuqui.

David, se convertirá en llamas de fuego. Jamas esas gentes habian visto un dia tan terrible: jamas la tierra habia sido afligida con un dolor tan profundo: tiembla la tierra, se parte, tragándose no solo pueblos y castillos, tambien enteras y populosas ciudades. Un copioso diluvio amaga provincias y reinos: aparecen columnas de fuego amenazándolo todo, ya agrupándose unas sobre otras, ya deshaciéndose en torrentes de sanguinolenta luz: por todas partes se oyen agonías, se desparrama el terror, y todo anuncia una cercana muerte.

Señores, es el dardo del anatema y el rayo de la divina venganza que retumba en el horizonte del Japon; es el justo castigo de lo que hará padecer dentro de breve y de nuevo á la perseguida Iglesia de Cristo. Porque herido el paganismo en el corazon por esos padecimientos sufridos: excitado por la calumnia y el engaño, levanta otra vez la cabeza, jura esterminar á los cristianos, á quienes llama enemigos del trono y de los altares de sus abuelos. La lucha se encarniza, y concluye triunfando el infierno: la religion humilde del Nazareno es proscrita de aquellas comarcas: veintitres hijos del Seráfico Padre se hallan encadenados en horrible prision: otros huyendo de aquí allá por montes y por cavernas, y todos condenados á muerte. ¡Ah! ¿dónde están los antiguos triunfos; dónde el poder divino de la fé?. . . . ¡Oh Providencia del admirable Dios! ¡cuán diversos son vuestros caminos y los nuestros! ¡cuán diferentes nuestros pensamientos y los vuestros!. . . .

Precisamente cuando nuestras razones parezca que se nulifiquen, entonces se suscitará en el corazon de los cristianos una nueva fuerza que destruirá á los enemigos de Cristo.

Realmente, apenas se supo la prision de los franciscanos, veis á hombres y á mujeres, á pobres y á ricos, á jóvenes y á ancianos, levantarse en masa confesando valerosamente su sacrosanta religion, y unirse á los santos prisioneros para sufrir la misma muerte.

No señores, nunca en los primeros tiempos de la Iglesia se vió en la cristiandad tanto deseo para sacrificarse; ansia tanta para sufrir tormentos y asaltar los patíbulos para que triunfase el Santo nombre de Dios. Las madres llevando en brazos á sus niños, los padres acompañados de



sus hijos, los grandes señores y sus siervos con semblante alegre, con inefable júbilo en el corazon, sin embarazo y sin temor se confiesan cristianos, y aún suplican á los soldados que los aprisionen. Ciudades enteras quedaron desciertas, porque sus habitantes marchaban para Meaco y Osaca á reunirse con los mártires y dividir entre ellos su desventurada suerte. Por aquí, matronas nobles, vestidas de fiesta, teniendo en manos el crucifijo, se presentan á los verdugos dándoles grandes sumas de dinero, solo porque su nombre fuese escrito en la lista de los condenados. Por allá, jóvenes y viejos, cargando grandes cruces y abrazados en ellas, esperaban que viniesen los ministros de justicia á capturarlos. Tiernos niños rogaban á sus padres que los llevasen á morir por Cristo y doncellas delicadas, con el rosario en el cuello, seguian á sus madres sin separarse por temor de no poder ir al lugar del suplicio cuyo camino ignoraban. ¡Oh virtud admirable de la fé que convierte á los niños en héroes! ¡Oh espectáculo sublime de la religion de Cristo, que tiene por defensores, frente á los tiranos de la tierra, el pecho de niñas debiles y la lengua de lactantes niños!

Los hijos de Francisco, entre tanto, se dirigian á Nagasachi al lugar destinado para ser sacrificados en la cruz, pero sin cesar de predicar su fé á los gentiles y de tributar interminables gracias á Dios que los habia hecho dignos de tanto padecer por la gloria de su santo nombre. Vedlos por fin, despues de andar quinientas y mas millas, caminando por barrancas y por montes, sobre agua y hielo, sujetos á la burla de la plebe, al insulto de los soldados, víctimas del hambre, de la sed, de la desnudez: vedlos frente al patíbulo, cual corderillos traidos al matadero, presentarse gozoso cada uno á su propio verdugo, por cuya mano deberá espirar dentro de breve en el árbol de la Cruz. Mas ¿cómo podré, señores, poner á vuestra vista un espectáculo nuevo, sublime, conmovedor, para manifestar el mayor triunfo de la fé de Jesucristo, de esta fé sacrosanta que se alza siempre mas bella cuando sube de la sangre de sus hijos? Oh hermanos mios: no me sorprende la presencia de religiosos santos y de fervorosos cristianos, que antes de faltar en algo á Cristo y á su religion, corrieron á abrazar su patíbulo, lo bañaron con ardientes lágrimas, teniendo á gran premio ser atravesados en

ellos con lanzas, y espirar bendiciendo al Padre celestial, á quien pedian piedad para sus mismos verdugos: pero ¿cómo no sorprenderse ante el sublime espectáculo de jóvenes imberbes, de niños de doce años, que esforzados sobre toda lisonja y encarecimiento, insensibles al llanto de los cristianos, á las lágrimas de los padres, á la vista de los tormentos preparados, se alegran, se agitan, y entonan himnos alabando al Señor por la cercana muerte; que colocados en la cruz exhortan, como ángeles del paraíso, á los cristianos á que permanezcan firmes en la religion de sus padres, y á los gentiles á inclinar por fin la frente á la religion hija única del cielo. Cuando un inmenso pueblo prorumpe en gritos de espanto al momento de ser atravesados, solo ellos sonrien con esa sonrisa que hace sublime el rostro de los bienaventurados conquistadores del cielo, y que al espirar invocan á Jesus y á María. ¡Ah! me es imposible ciertamente dejar de exclamar con religioso entusiasmo: Fé divina de mi Jesus que difundida en este valle de lágrimas eres consuelo del hombre, á quien descubres el secreto del padecimiento de la tierra y lo consuelas con esperanzas, alégrate, porque del martirio consumado por la muerte en cruz de veintitres franciscanos en Nagasachi del Japon en 5 de Febrero de 1597, conseguiste la mas bella y sublime victoria, jamás verificada, contra el infierno conjurado para arruinarte. ¡Oh! sí, alégrate de tan gran bien. Los invencibles campeones de tu fé han muerto; pero tú venciste, haciendo de su sangre una semilla perpetua del cristianismo en esas infelices retiradas comarcas del Asia. Que dentro de breve, los pueblos del Japon, recordando la batalla heróica en que venciste con la muerte de tus hijos, se levanten intrépidos á combatir de nuevo para tu defensa: que la sangre de miles de tus nuevos mártires convencerá á la generacion venidera, de que tú, combatida siempre, pero jamás vencida, te levantas mas hermosa y mas fuerte de la persecucion de tus enemigos, y que con cada paso que das en esta tierra de dolores, escribes en medio del aplauso de los creyentes la palabra *Triunfo*. Que los hijos de Agustin y de Domingo se mantengan firmes como los de Francisco y de Ignacio, que han entrado á tocar de nuevo el suelo ensangrentado del Japon: que si aquellos caen, otros sigan su ejemplo, para que bañada en esta sangre aquella infeliz tierra otra vez, la fé se avive en el pecho de los católicos, y domando de nuevo al infierno, se escriba tambien *Triunfo*. ¡Oh! alégrate, sí, Esposa inmaculada del Nazareno. La batalla nueva será larga, terrible; pero habrá un nuevo triunfo, una sorprendente victoria. Tus hijos, ceñida la sien con nuevos purpúreos laureles, presentarán al atónito mundo innumerables palmas recojidas en aquel vasto campo de sangre, y ofrecerán en tu presencia manojos frescos y abundantes para enriquecer los místicos graneros del paraíso.



Señores: os he presentado, sin reflexionar, la lucha y los triunfos, los combates y las victorias de la fé en el Japon por el martirio de nuestros gloriosos atletas. Yo terminaria aquí mi discurso si no me pareciese oír que se me dice: Bien por todo lo oido; ¿pero al fin la Iglesia de Jesus, debilitada por la persecucion desaparece de esos lugares? ¿Dónde, sin embargo, dónde estuvo el poder divino que debe hacerla triunfar en todo el universo?.... Hermanos mios, entregad vuestro corazon á la esperanza: (*) ¿no veis cómo se agita el mundo hoy para comunicarse y fraternizar todos los pueblos de la tierra? Abiertos los límites del distante y sospechoso Oriente á las naves del Occidente, acortadas las distancias, destruidas las barreras que separaban á unos de los otros pueblos, deshecha la supersticion humana con la luz de la verdad, conmovido el mundo católico con la palabra del Vaticano al conceder á nuestros gloriosos héroes los honores mas solemnes del culto, sin duda que se abren las puertas del Japon á los apóstoles todos de la Iglesia Católica para que acometan allí nuevas empresas. ¡Oh! sí, lo siento, lo veo, lo palpo: dentro de breve gozarémos en este mismo templo de un mayor triunfo del nombre cristiano, con la sangre de nuestros mártires que atraerá á ese grande y generoso pueblo japonés á la fé y á la civilizacion del Evangelio.

(*) Si es cierto que el cristianismo desapareció del Japon, tambien lo es que la sangre de nuestros mártires fecundará mas adelante esos países. El poder de la fé católica, fuego sagrado de los hebreos, que escondido bajo de tierra fué hallado vivo por su propia virtud cuando el pueblo de Dios volvió de la cautividad de Babilonia, se manifestará con nuevos triunfos de la religion del Nazareno.